CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch **Septiembre - Octubre 2025**

Índice n° 5/2025

2	El ABC del cristiano	*G. André; W. Gschwind*
7	Los pecados del pasado	*A. Remmers*
10	Un cuerpo	
11	La presencia del Señor en las reuniones	*P. Fuzier*
15	La adoración cristiana	*W.W. Fereday*

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

El ABC del cristiano

(Viene de la página 13 del n° 4/2025)

El Padre nos educa

La era

"Su aventador está en su mano, y limpiará su era..." (Lucas 3:17).[1]

¡Cuántas veces en el Evangelio, el Señor Jesús habla de la siega! Mira los campos y dice: "Ya están blancos para la siega" (Juan 4:35). Vio en su mente todo lo que la gracia obraría en virtud de su sacrificio en la cruz para salvar almas en este mundo por la eternidad.

Considerando en otra parte la grandeza de esta mies, exhorta a sus discípulos a rogar al Señor "que envíe (empuje, versión francesa J.N.D.) obreros a su mies" (Lucas 10:2): si, por una parte, Dios es el único que puede obrar la salvación de un alma, por otra parte, quiere servirse de los suyos para difundir el Evangelio y atraer a los pecadores hacia él. No solo se nos dice que pidamos al Señor que **envíe** obreros a su mies, sino que los **empuje** hacia ella. Porque tantos obstáculos surgen cuando se siente el llamamiento al servicio del Señor, que se necesita toda la acción de su Espíritu para "empujarlos".

Pero el Señor no recoge inmediatamente hacia él en el cielo a los que son salvos. Casi siempre, los deja en la tierra por un tiempo más o menos largo, para enseñarles, formarlos, disciplinarlos si es necesario, y prepararlos para la gloria. Es el momento de la "era".

Bajo el gran cielo azul pálido de Sudamérica, donde flotan algunas nubes, los campos a segar se extienden hasta donde alcanza la vista. Las grandes cosechadoras avanzan, cortando las mazorcas a su izquierda, dejando caer a su derecha los sacos llenos de grano que un camión recogerá más tarde.

Este no era el caso cuando el Señor Jesús estaba en la tierra. La siega se realizaba con una hoz, y las espigas de trigo llevadas a la era, debían someterse a una doble operación. En primer lugar, eran trilladas; una figura de la disciplina del Padre, de la cual todos han sido participantes, "para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad" (Hebreos 12:10). No se trata de un castigo, sino de las diversas pruebas por las que el Padre hace pasar a sus

1 Este versículo se refiere principalmente a Israel, que aquí es llamado "era" de Dios. Quien de entre el pueblo escuchaba a Jesús y lo aceptaba por fe, constituía para él "trigo" que recogía en el "granero". Pero la parte incrédula del pueblo era como la "paja" sobre la que iba a venir el juicio. En el siguiente capítulo, esta imagen se aplica también a los caminos de Dios en disciplina hacia los suyos.
Ahora estamos en el tiempo de la "era", todavía no en el del "granero", donde el Señor pronto reunirá a todos los que son suyos.

hijos, para que se den cuenta prácticamente de la separación del mal, y que su vida corresponda a la santidad con la que ya los ha revestido. No tienen que alcanzar la santidad, sino **demostrar** que «son» santos.

El trigo trillado luego se aventaba. La era solía estar en una colina, expuesta al viento. El trigo era arrojado por el aventador, y el aire se llevaba la paja. De ahí la expresión del Salmo 1: "Los malos... son como el tamo[1] que arrebata el viento" (v. 4). ¿A quién se le ocurre recoger en el granero, granos de trigo aún envueltos en una paja sin valor? Todo lo que no le importa a Dios debe ser eliminado de la vida del creyente. Esto es lo que hace el Espíritu Santo, en el cual el Señor bautiza a los que creen en él, como dice Juan (Lucas 3:16). El trigo nos habla de Cristo mismo. La paja debe ser eliminada para que Cristo pueda ser visto en los suyos. Los "valles" —tantas deficiencias en nuestro caminar— deben ser rellenados; los "montes y collados" —el orgullo y la vanidad— deben ser bajados; los "caminos torcidos" —tan comunes en nuestra vida— deben ser enderezados; y los "caminos ásperos" —en los que tropiezan aquellos para quienes somos tan fácilmente una piedra de tropiezo— deben convertirse en caminos allanados (v. 5).

En la era de Ornán, David, cubierto de cilicio, fue a confesar su pecado: "Yo mismo soy el que pequé, y ciertamente he hecho mal... sea ahora tu mano contra mí" (1 Crónicas 21:17). También allí experimentó toda la gracia de Dios, en cuya mano había deseado "caer" (v. 13). En el monte de Moriah, en el cual se ofreció a Isaac, donde se edificó el templo de Salomón, no lejos del Gólgota, David ofreció el holocausto sobre el que descendió el fuego desde los cielos (v. 26).

En la era de Booz, Rut vino por la noche a acostarse "a sus pies" (Rut 3:8). Extranjera, encontró compasión con quien pudo redimirla, y más tarde la tomó por esposa.

En la era de Atad hubo grande y muy triste lamentación (Génesis 50:10). En la era de Nacón, la muerte le sobrevino al que se había atrevido a poner las manos sobre el arca de Dios (2 Samuel 6:6-7).

En una era, finalmente, Gedeón puso el vellón, figura del Cordero de Dios que, habiendo glorificado plenamente a Dios en su vida, podía ser objeto de su favor: el rocío empapó el vellón. Pero en la noche siguiente, el vellón quedó seco: el juicio y el abandono cayeron sobre aquel que, hecho pecado por nosotros, tuvo que soportar la ira divina en la era, para que la bendición de Dios se extendiera a

1 N. del E.: la palabra "tamo" significa restos de paja y polvo fino, resultantes de la trilla de granos como el de trigo.

nosotros, y entonces "en toda la tierra hubo rocío" (Jueces 6:37-40).

La era de la disciplina, del juicio del mal, de la separación de todo lo que es de la carne, pronto dará paso al "granero", a la felicidad eterna, que disfrutará más que ningún otro aquel que "volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas" (Salmo 126:6).

Para quebrar nuestra voluntad, Dios suele quebrar nuestro **cuerpo** o nuestra **cabeza** o nuestro **corazón**; a veces incluso dos de estos tres elementos, si no los tres juntos. ¡Entonces no nos queda nada! De hecho, nos quedamos con el Señor, para gloriarnos en él; él permanece en nosotros para gloriarse en nuestra debilidad.

G. André

Peligros

¿Qué noticia?

"Todos los atenienses y los extranjeros residentes allí, en ninguna otra cosa se interesaban sino en decir o en oír algo nuevo" (Hechos 17:21). Durante siglos, la principal ocupación de los «intelectuales» de la ciudad de Atenas fue debatir y discutir todos los posibles problemas mundiales y existenciales. Siempre hubo un gran filósofo que se levantó y desarrolló ideas o doctrinas con elocuencia y persuasión. Cada uno tenía sus propios seguidores, su propia escuela; y cuando los jóvenes de diferentes academias se reunían, era una oportunidad codiciada para medir y refinar las fortalezas intelectuales de cada uno frente a las de los demás.

Lo que impulsaba a la gente a confrontar sus opiniones era el hecho de que estos sistemas filosóficos seguían siendo superficiales, y ninguno de esos grandes pensadores podía realmente presentar sus ideas como una verdad absoluta. Esto dejaba a las mentes más pequeñas una gran libertad para desarrollar sus propias opiniones, lo que, en esta época, les dio gloria y respeto.

Un día apareció un forastero en la plaza pública que discutía con los que concurrían, como era costumbre en Atenas. Pero no trajo una filosofía desconocida o un nuevo tema de discusión para la gente que estaba allí, sino que les anunció el Evangelio, un mensaje totalmente diferente, nunca antes escuchado. Este desconocido era Pablo, el gran apóstol a las naciones.

Diferencias inconciliables

Es muy importante que todos entiendan exactamente la diferencia entre la sabiduría de los hombres y el Evangelio de Dios (1 Corintios 1 y 2).

La sabiduría de los hombres es el resultado del sentido común y la imaginación. El pensador más valioso, como alguien dijo, es como una araña que teje su tela con la sustancia que extrae de su propio cuerpo.

El hombre no puede conocer a Dios a través de la sabiduría del mundo: los dioses de los sabios griegos eran criaturas imaginarias hechas de pensamientos y pasiones humanas.

Otra característica de la sabiduría humana es que no quiere reconocer la corrupción total del hombre. Quiere persuadirse de que, mediante la reflexión y un esfuerzo de voluntad, el hombre puede ser dueño de su propia vida. Por lo tanto, sostiene el principio de que uno puede redimirse, y no tiene en cuenta el hecho de que, como su punto de partida se basa en supuestos falsos, conduce así a los hombres hacia un objetivo que no es el verdadero. Por lo tanto, es "insensatez" para con Dios (1 Corintios 3:19), que conoce al hombre en toda su culpabilidad e incapacidad de hacer el verdadero bien.

El Evangelio no proviene del hombre, sino del único Dios verdadero, que creó este mundo y todo lo que hay en él. "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman" (2:9).

Se basa en algo único e inédito: el Hijo de Dios fue hecho hombre, según el consejo eterno de Dios, se entregó a sí mismo como sacrificio en la cruz, y con ello realizó la obra de la redención.

El Evangelio es el resumen de los infinitos resultados de esta obra, que se hizo por nosotros. Pero Dios no ha dejado a la mente del hombre el análisis y la estructuración de estos maravillosos resultados. Cómo Dios se dio a conocer en Cristo, y lo que ha "preparado" en él, Dios lo reveló por el Espíritu (v. 10) a los apóstoles y profetas. Esta revelación la tenemos hoy en los escritos inspirados de la Palabra de Dios, que ya está "cumplidamente" anunciada (Colosenses 1:25).

Pablo llama al Evangelio "la palabra de la cruz" (1 Corintios 1:18). Los pecados del que obedece al Evangelio (Romanos 10:16) por la fe no solo han sido expiados y borrados en la cruz, sino que el propio creyente ha encontrado allí el fin de su viejo hombre: está "juntamente crucificado" (Gálatas 2:20) y "muerto con Cristo" (Colosenses 2:20). ¿Qué tiene entonces que ver el Evangelio con la sabiduría de los hombres, que busca vanamente al viejo hombre corrupto para hacerlo "sabio", "noble" y "poderoso" (1 Corintios 1:26)?

Proclamar un Evangelio puro

Pablo tuvo cuidado de predicar un Evangelio puro, sin añadir palabras sabias. Solo así el Evangelio puede salvar a los hombres y revelarse como el poder de Dios. El apóstol se propuso no saber entre los sabios de Grecia "cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado". En medio de estos hombres elocuentes y llenos de sí mismos, él estaba

"con debilidad, y mucho temor y temblor" (1 Corintios 2:2-3). Para él era una batalla; no hubiera querido de ninguna manera ponerse en el terreno de ellos. Su palabra y su predicación no fueron "con palabras persuasivas de humana sabiduría", sino —y este es un punto crucial en la predicación del Evangelio— "con demostración del Espíritu y de poder" (v. 4). La verdadera fe no se apoya en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. Si el apóstol nunca dejó de resistir con fuerte convicción a la mezcla de ley y gracia propagada por muchos falsos maestros judíos, también resistió resueltamente a la intervención de la sabiduría humana. El Evangelio es "sabiduría de Dios". Aunque se haya proclamado durante dos mil años, no tolera adiciones ni supresiones de ningún tipo, vengan de donde vengan. Es **la verdad completa y divina**.

El cristiano y el deseo de novedades

El mensajero de Dios puso la cruz de Cristo ante los ojos de aquellos griegos para los cuales los pensamientos humanos eran tan importantes. La cruz condena y juzga al hombre natural con su sabiduría, sus visiones del mundo y toda su actividad. Para ellos era locura, "pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios" (1 Corintios 1:18). La cruz nos separa del mundo (Gálatas 6:14), nos liberta del viejo «yo», de la ley (2:19-20) y del pecado (Romanos 6:22). Pero es importante reconocer y practicar esta liberación en todos los ámbitos, incluso en la "sabiduría de este mundo" (1 Corintios 3:19). Porque esta se esconde muy fácilmente detrás de las cosas nuevas que buscan atraernos y distraernos por todos lados.

En general, los jóvenes no tienden a considerar que lo que ha existido hasta ahora es inmutable. Están abiertos a lo nuevo. El progreso de la tecnología, la ciencia y la investigación se deben en gran medida a esta aspiración hacia lo nuevo. Pero estemos alertas, no permitamos que esta necesidad de decir u oír "algo nuevo" entre en el ámbito espiritual. Porque si la verdad de Dios, tal como la tenemos en la Biblia, "la palabra de verdad" (Efesios 1:13), es definitiva e inmutable, y si nuestro Dios no ha añadido ninguna revelación nueva desde hace veintiún siglos, lo nuevo solo puede venir del hombre.

Quien examine el curso del cristianismo desde los días de los apóstoles encontrará la confirmación de esto. Todas las cosas nuevas que se han ido añadiendo a la doctrina cristiana han cubierto los cimientos de la "doctrina de los apóstoles" (Hechos 2:42) con un montón de escombros que han oscurecido espantosamente la luz de la verdad. Por otro lado, los movimientos y avivamientos que han venido de Dios han demostrado su autenticidad en el sentido de que

han llevado de vuelta a los creyentes a la doctrina pura de la Palabra.

Varios de nosotros tenemos como ancestros a aquellos que se lamentaron por este estado de la cristiandad. Buscaban, a través de grandes ejercicios de corazón y conciencia, restaurar la verdad de Dios a su forma original, y someterse a ella en todas las cosas. El Señor les mostró su aprobación y derramó abundantes bendiciones sobre ellos y a través de ellos. Estos creyentes no buscaban algo nuevo, sino "lo que era desde el principio" (1 Juan 1:1).

¿Cómo nos comportamos ahora? ¿Dejamos de nuevo que la Palabra quede enterrada bajo los escombros y que los escritos de estos hermanos queden sepultados bajo el polvo?

No, se nos exhorta a "contender ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos" y a edificarnos sobre nuestra "santísima fe" (Judas 3, 20). No nos detengamos en las nuevas ideas de moda entre los hombres; el gozo del creyente no se encuentra en los debates y las discusiones, sino en la Palabra de Dios (Salmo 119:111), en el Espíritu Santo (Romanos 14:17), en el Señor (Filipenses 4:4), en la comunión verdaderamente con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1 Juan 1:3), y en la obediencia (Juan 15:10-11).

Por tanto, debemos tomarnos muy en serio el entrar cada día en la esfera infinitamente alta de los pensamientos de Dios y someternos a su voluntad. Entonces podremos descubrir nuevas glorias cada día, y también disfrutarlas con los demás. ¡Permanecer eternamente en esta santa atmósfera será nuestra dicha celestial, siempre renovada!

(Continuará)

Los pecados del pasado

A menudo nos resulta difícil olvidar nuestros pecados pasados, incluso como personas redimidas. Tanto si los cometimos antes como después de nuestra conversión, pueden volver a nuestra memoria en cualquier momento. Y si no estamos firmes en la fe en nuestro Salvador Jesucristo, esto puede ser muy preocupante e incluso muy gravoso.

Un perdón perfecto

¿Debe ser así? ¿Está permitido? La Palabra de Dios da una respuesta clara: no. En el Antiguo Testamento, los creyentes ya podían decir: "Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones" (Salmo 103:12). El rey Ezequías escribió una vez: "Echaste tras tus espaldas todos mis pecados" (Isaías 38:17). Y todavía,

esta declaración de Jeremías 31:34, repetida dos veces en el Nuevo Testamento: "Nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades" (Hebreos 8:12; 10:17; véase también Isaías 43:25). Esta palabra de Dios se refiere ciertamente a la futura restauración de la parte creyente del pueblo de Israel. Pero el principio expresado aquí es la perfección del perdón de los pecados por parte de Dios. Él nunca quiere recordar los pecados de los suyos. ¡Eso es el verdadero perdón divino!

En principio, entonces, estas afirmaciones se aplican a todos los creyentes, sean del Antiguo o del Nuevo Testamento. Aunque el perdón perfecto de los pecados solo se reveló después de que se cumpliera la obra del Señor Jesús en la cruz, Dios ya había concedido el perdón a los creyentes en los tiempos del Antiguo Testamento en virtud de la obra expiatoria que aún era futura. Esto es evidente en las palabras: "Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús" (Romanos 3:24-26).

En otras palabras:

1) Dios dio al Señor Jesús y su obra en la cruz como medio de expiación por nuestros pecados.

2) En su longanimidad (o su paciencia, véase Romanos 2:4), Dios dejó los pecados de los creyentes del Antiguo Testamento sin juzgarlos hasta la cruz, en vista de la expiación que aún estaba por venir.

3) La obra de la expiación fue una prueba de su justicia.

4) En el tiempo presente, es decir después de la obra expiatoria, la justicia de Dios se prueba en el hecho de que él justifica a todo aquel que cree en el Señor Jesús.

Al considerar estos puntos, podemos entender y regocijarnos en la perfección del perdón de Dios. El Señor Jesús "llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero"; "el castigo de nuestra paz fue sobre él" (1 Pedro 2:24; Isaías 53:5). En la cruz tomó sobre sí todos nuestros pecados y, al mismo tiempo, el justo castigo de Dios por ellos. ¡Es digno de nuestra alabanza y gratitud eternas!

Quien sigue el mandato del Evangelio: "Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados", recibe el perdón (Hechos 3:19). Esto es una verdad muy preciosa para todos los que reconocen sus pecados y los confiesan al Señor. Sus pecados son entonces "borrados", es decir, completamente eliminados a los ojos de Dios. Y si Dios ya no los ve ni se acuerda de ellos, ¿por qué hemos de hacer nosotros lo contrario? ¿No es esto una falta de confianza en la gracia y la justicia de Dios?

Pecados cometidos antes y después de la conversión

Dios no solo nos ha perdonado los pecados que cometimos hasta el momento de nuestra conversión, sino todos los pecados, es decir también los que siguieron a la conversión y los que desgraciadamente aún podamos cometer en el futuro. En efecto, el Señor Jesús no cumplió su sacrificio en el momento de nuestra conversión, sino mucho antes de que viniéramos al mundo. Dios ya tenía ante sí toda nuestra vida. En la cruz, Cristo tomó sobre sí el castigo de Dios por todos nuestros pecados, tanto si fueron cometidos antes como después de nuestra conversión.

Los pecados que cometimos después de nuestra conversión quedan todos, por tanto, también perdonados para toda la eternidad. Somos y seguimos siendo hijos de Dios. Cuando un hijo peca contra su padre o su madre, sigue siendo su hijo. Esta relación no termina por el mal comportamiento del niño. En la práctica, sin embargo, se echa a perder y se perturba. Pero cuando el hijo confiesa su mal comportamiento, los padres le perdonan y la relación vuelve a ser la de antes.

Lo mismo ocurre con Dios. El principio de la confesión de los pecados se aplica no solo en nuestra conversión, sino también durante nuestra vida como cristianos. Podemos verlo en 1 Juan 1:9: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad". Esta afirmación se aplica tanto en el momento de nuestra conversión, para el perdón eterno de todos nuestros pecados, como en todos los casos en que pecamos durante nuestra vida como hijos de Dios. Sin embargo, la diferencia es que el primer perdón es para la eternidad, mientras que el segundo es para la restauración de la comunión práctica como hijos con nuestro Padre.

Dos ejemplos

Se podría argumentar que incluso el apóstol Pablo nunca olvidó su pecado de perseguir a la Iglesia de Dios. Esto es cierto. No solo dice de sí mismo en 1 Corintios 15:9: "Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios", sino que también menciona este hecho en otros lugares de sus escritos (Gálatas 1:13; Filipenses 3:6; 1 Timoteo 1:13).

Sin embargo, esto nunca le perturbó ni le hizo tambalear en su fe. Al contrario, puede decir, recordándolo en 1 Corintios 15:10: "Pero por la gracia de Dios soy lo que soy". Permanece firme en su fe en la obra de Cristo en la cruz. En 1 Timoteo 1:13 dice: "Mas fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad". Finalmente,

en Filipenses 3:6-7, después de acusarse a sí mismo de ser "perseguidor de la iglesia", dice: "Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo".

Pablo no había olvidado cuánto había pecado contra el Salvador y su pueblo. Pero ya no pensaba en ello con miedo o con mala conciencia. La misma había sido limpiada por la fe en el Señor Jesús, incluso de aquel pecado. Al recordar esto, sin duda también quiere expresar que si él, "el primero" de los pecadores (1 Timoteo 1:15), ha recibido el perdón, nadie más tiene derecho a decir que la gracia no le basta. Por otra parte, Pablo nunca menciona ninguno de sus otros pecados.

Lo mismo ocurrió con Pedro. Pedro negó al Señor Jesús, a quien tanto amaba, en un momento muy difícil y dijo: "No conozco al hombre" (Mateo 26:69-75; Lucas 22:56-62). Ciertamente, Pedro tampoco olvidó esta terrible negación de su Señor. Pero, nunca lo menciona.

Los dos apóstoles, modelos de fe, conocieron la perfección del perdón. Su ejemplo debería animar a todos los hijos de Dios que dudan o sufren por pecados pasados, pero no olvidados, a confiar en Dios y en su Palabra. Aunque no podamos borrar el recuerdo de nuestros pecados, no debemos asustarnos ni turbarnos por las dudas que surgen de ellos. Entonces podemos recordar la Palabra de Dios que nos dice: "Perdonándoos todos los pecados" (Colosenses 2:13).

A. Remmers

Un cuerpo

Efesios 4:4

La Palabra de Dios distingue entre los creyentes del Antiguo Testamento y los que ahora son "por un solo Espíritu… todos bautizados en un cuerpo" (1 Corintios 12:13). La cuestión del "un cuerpo" depende realmente de ese bautismo, porque solamente aquellos que son bautizados por el Espíritu constituyen ese cuerpo; y es bien cierto que tal bautismo no existía antes del día de Pentecostés (Hechos 1 y 2).

Es evidente que los creyentes del Antiguo Testamento fueron nacidos del Espíritu, justificados por la fe, y que estaremos sentados con ellos en el reino de los cielos. Pero el Nuevo Testamento nos muestra que, además de los privilegios comunes de los fieles, una unidad corporativa de creyentes fue formada por la venida del Espíritu Santo, como consecuencia del cumplimiento de la redención por nuestro Señor Jesucristo; y esta unidad es llamada "un cuerpo". Los capítulos 2, 3 y 4 de la epístola a los

Efesios son muy claros en referencia a esto.

Son miembros de este único cuerpo aquellos en quienes mora el Espíritu Santo. Él los une a una gloriosa Cabeza en el cielo. La unidad de la que se trata aquí es un hecho que subsiste actualmente, por lo cual es imposible atribuir a los creyentes que nos precedieron un lugar en ella. Las Escrituras no les dan jamás ese lugar. El creer les "fue contado por justicia" (Santiago 2:23), como a nosotros; pero el Espíritu Santo no había sido enviado todavía sobre la tierra, como lo es ahora, para bautizar a judíos y gentiles como creyentes en un cuerpo.

Además, el capítulo 12 de la epístola a los Hebreos distingue muy claramente "los espíritus de los justos hechos perfectos", es decir los creyentes del Antiguo Testamento, de "la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos" (v. 23), es decir los creyentes del Nuevo Testamento. De manera que este pasaje, con el de 1 Corintios 12 y Efesios 2 a 4, contradicen la acostumbrada confusión que se hace sobre este punto.

W. Kelly

La presencia del Señor en las reuniones

"Todo, muy amados, para vuestra edificación" (2 Corintios 12:19).

A pesar de la debilidad que caracteriza hoy el testimonio cristiano, experimentamos la bendición asegurada a quienes se reúnan al nombre del Señor (Salmo 133). Dios obra a nuestro favor no según lo que somos, sino conforme a lo que él es: un Dios fiel y misericordioso que se complace en bendecir. Seamos más agradecidos por todo lo que el Señor nos permite disfrutar cuando nos reúne en torno a él. Pero también humillémonos al pensar en lo que perdemos cuando gozamos poco de su presencia entre nosotros. Sentirlo a Él entre nosotros como deberíamos hacerlo nos conducirá:

— a no dejar de congregarnos (Hebreos 10:25);

— a reunirnos en un estado moral que nos permita gozar de él por encima de todas las cosas.

Puesto que hay preciosas bendiciones aseguradas en el lugar en que se presenta el Señor, ¿cómo puede ser que un redimido falte a una sola reunión (salvo en caso de fuerza mayor), privándose a sí mismo de lo que el Señor quería dispensarle? Tal vez se requiera un esfuerzo, o dejar de lado ciertas cosas, para asistir,

pero, por grande que sea el sacrificio o a lo que se renuncie, ¿puede compararse con todo lo que ofrece la presencia del Señor, gustada en la reunión? Si disfrutáramos mejor de esta presencia y de todo lo que ella confiere de gozo y paz ¿habría un solo ausente en una reunión, fuera de aquellos que se vieran impedidos por circunstancias imperiosas?

En el congregar de los creyentes hay algo que es para nosotros, pero sobre todo para el Señor, y es lo que constituye el aspecto más elevado. ¿Pensamos en ello lo suficiente? Él ha prometido estar en medio de dos o tres que se congregan en (o hacia) su nombre, y es fiel a esa promesa. Él está allí, y tal redimido no vino... ¿No es esa actitud una falta de consideración hacia su Persona, que él siente hoy como cuando estaba en la tierra? (compárese con Lucas 7:44-45; Mateo 11:2-6). Aquel que conoce a cada una de sus ovejas por su nombre sabe bien cuál de ellas se ha quedado lejos, pese a que él quería alimentarlas a todas con delicados pastos. Y ¿qué decir de aquella que dejó sin respuesta la sentida invitación para el primer día de la semana: "Haced esto en memoria de mí" (Lucas 22:19)? Pero, sobre todo, ¿las reuniones de oración serían descuidadas en la asistencia en tantos lugares, si la presencia del Señor en medio de nosotros fuera sentida más de lo que lo hacemos? Nuestras necesidades son tan grandes, numerosas y apremiantes que con todo derecho podríamos sentirnos desalentados si nos atuviéramos a ellas. ¿Y no nos sentiremos impulsados a asistir a las reuniones, en la presencia del Señor, para clamar a él, el único que puede socorrernos? A menudo gemimos, a veces criticamos y olvidamos que el gran recurso en las dificultades es la oración individual, pero también colectiva. "No tenéis lo que deseáis, porque no pedís" (Santiago 4:2). ¡Cuántas bendiciones nos serían dadas si tuviéramos suficiente ardor y perseverancia para pedirlas!

Es muy cierto que, si a veces descuidamos las reuniones, es porque solo sentimos la presencia del Señor en una pequeña medida.

La primera vez que Jacob estuvo en Bet-el (Génesis 28:10-22) poco gozó de la presencia de Dios. "¡Cuán terrible es este lugar!", dijo. Él no estaba en un estado conveniente para apreciar todo su valor, y la lectura del capítulo 27 nos permite comprender el sentimiento que experimentó. Fue preciso que Dios le condujera allí, después de muchas experiencias, y que le preparara para gustar de su presencia en ese lugar que era por cierto "casa de Dios", "donde Dios había hablado con é1" (35:15). Después de haber oído la orden divina: "Levántate y sube a Bet-el" (v. 1), Jacob comprendió que era necesaria la purificación para entrar en el lugar en el que Dios mismo se encuentra y donde él incluso quiere hacerle disfrutar su comunión. Con

frecuencia ¿no olvidamos el juicio de nosotros mismos que debe preceder a la obediencia de la palabra divina: "Sube a Bet-el"? ¿No ocurre que acudimos al lugar de reunión por simple costumbre, sin un ejercicio particular de corazón, sin haber juzgado en nosotros todo lo que debemos? Por eso, si bien siempre tendríamos que reunirnos para nuestro provecho, a veces nos reunimos para lo peor, o tal vez para juicio (1 Corintios 11:17 y 34). Examinarnos a nosotros mismos (v. 31) es indispensable si queremos ser dichosa y abundantemente bendecidos en la reunión, gozando en ella la presencia del Señor y la dulzura de su comunión.

Pero era necesario aún que Jacob enterrase a Débora, la nodriza de Rebeca, bajo la encina de Alón-bacut (Génesis 35:8). De ello podemos hacer dos aplicaciones diferentes.

La primera está en relación con el examen de nosotros mismos: no basta juzgar el mal, sino que es preciso extirparlo hasta su raíz. Rebeca había incitado a Jacob a engañar a su padre, Isaac —primer paso en el camino de extravío que había seguido. ¡La propia nodriza de Rebeca es quitada! Es necesario remontarse hasta el principio en el juicio del mal que haya en nosotros.

La segunda es esta: si consideramos la escena bajo otro aspecto, Rebeca es una figura de la Iglesia y se ha podido ver en Débora, la que la había alimentado y acompañado junto con Eliezer durante todo el viaje para ir al encuentro de Isaac (Génesis 24:59), una figura de los dones (compárese con 1 Tesalonicenses 2:7). Apreciemos cada vez más los dones requeridos para la edificación, procurando los espirituales, pero sobre todo el de profecía, a fin de edificar a la iglesia (1 Corintios 14). Sin embargo, puede haber un serio peligro si los dones son buscados de manera tal que ello prive a nuestras almas de la bendición suprema: la presencia del Señor. ¿Qué buscamos en la iglesia local? ¿La presencia del Señor o los dones por lo que estos son en sí mismos? ¿No suele ocurrir que se asiste a una reunión porque un hermano está de visita en la localidad, cuando en realidad no se habría ido si se hubiera tratado de una reunión normal de iglesia para orar o para estudiar la Palabra? ¿No se ha dado así un lugar preeminente al don, perdiéndose de vista que el Señor está siempre cuando la iglesia se reúne?

Es también una gracia que el Señor nos permita sentir nuestra debilidad. Pero el remedio está en sentir verdaderamente en nuestras almas la presencia en medio de nosotros de Aquel que no podría faltar a su promesa. Si, en las reuniones, nuestros ojos se fijaran únicamente en Él, ¡cuán alimentados, reconfortados y gozosos estaríamos! La bendición desbordaría sobre nosotros hasta "que no haya donde quepa"

(Malaquías 3:10, V.M.). El Espíritu Santo obraría con poder en la iglesia y daría todo lo necesario para edificación, exhortación y consolación (1 Corintios 14:3) de los hermanos.

Los dones deben contribuir a hacernos gozar de la presencia del Señor. Pero si los buscamos solamente por lo que son, de modo que seamos conducidos a perder de vista la persona de Aquel que está en medio de nosotros, los dones pueden sernos quitados.

Lamentablemente, puede suceder que el ejercicio de los dones solo sea actividad de la carne bajo su carácter más peligroso: la carne religiosa. Cuando es así ¿no se debe ello a que la presencia del Señor no es percibida, no ya por aquellos que escuchan sino por aquel que habla? De esta primera causa de debilidad se desprende la segunda: falta de dependencia del Espíritu. Entonces la carne toma la iniciativa. Hablar "conforme a las palabras de Dios" (1 Pedro 4:11) implica el sentimiento de la presencia del Señor. Ese sentimiento nos guarda en un santo temor, nos hace temblar incluso antes de abrir la boca y nos mantiene en la dependencia que conviene. Si, por el contrario, perdemos de vista que el Señor está allí, obraremos pese a que quizá habríamos tenido que callarnos, o bien iremos más allá de lo que el Espíritu habría dado, pronunciando "diez mil palabras" que fatigarán a la iglesia, en lugar de las "cinco" que hubieran podido edificarla (1 Corintios 14:19). Cuántas veces podríamos ser útiles si supiéramos limitarnos a lo que nos ha sido dado, pero en cambio creemos necesario pronunciar un largo discurso que cansa a los oyentes y hace perder la edificación que habrían producido las "cinco palabras". O también entramos en interpretaciones sutiles y arriesgadas que generalmente falsean el sentido del pasaje considerado y quitan a la Palabra todo su alimento. El Espíritu entonces es contristado, tal vez apagado, de manera que aquel que tenía algo que expresar para edificación de la iglesia ha mantenido la boca cerrada. ¿Nos atreveríamos a obrar así si sintiéramos que el Señor está en medio de nosotros?

Dios quiera que podamos hacer una realidad práctica de la promesa tan conocida de Mateo 18:20. Entonces nos sentiremos inclinados a no dejar de congregarnos (Hebreos 10:25), a llegar allí en el estado moral que conviene a la presencia del Señor; así gozaremos verdaderamente de esta presencia por encima de todo y habrá vida y prosperidad en las reuniones.

P. Fuzier

La adoración cristiana

La adoración

La adoración es la actividad más elevada del creyente. La oración y el agradecimiento a Dios tienen todo su valor, pero están a un nivel inferior. La oración se ocupa de nuestras necesidades y las presenta a Dios. El agradecimiento se expresa a Dios debido a todo lo que nos ha dado, y siempre nos da. En la adoración, el corazón del creyente se eleva hasta Dios mismo y se pierde en la contemplación de lo que él es. Solo cuando hayamos alcanzado el reposo en el cielo, nuestra adoración será perfecta y no tendrá fin.

Antes de la venida de Cristo

El carácter de la adoración ha variado a lo largo del tiempo, según lo que Dios revelaba de sí mismo. En la época del Génesis, Dios era adorado como «El-Shaddai», "el Dios Todopoderoso" (Génesis 17:1). Abraham y los patriarcas tenían fe en el cumplimiento de sus promesas y confiaban en él como el Dios fiel que es suficiente para todo. La adoración tenía entonces un carácter familiar.

Se produjo un gran cambio cuando Israel fue llamado a ser el pueblo de Dios en la tierra. Dios quiso habitar en medio de su pueblo, en el tabernáculo. Esto era un privilegio inestimable, pero implicaba la existencia del sacerdocio, porque el hombre, en su estado natural, no puede acercarse a Dios. Siempre se han ofrecido sacrificios a Dios, aunque no estuvieran definidos con precisión como al principio del Levítico. La institución del sacerdocio colocaba necesariamente al pueblo a cierta distancia de Dios. El adorador no entraba en contacto directo con Él.

Los sacerdotes de Israel actuaban en nombre del pueblo. Presentaban la sangre de los sacrificios y el incienso delante de Dios en el santuario. Cuando vino Cristo, todo cambió. Dios ya no está oculto detrás de un velo. Se ha revelado completamente en la persona de su amado Hijo, de modo que quienes creen en Jesús lo conocen como su Padre. La obra de su salvación se ha cumplido. Su Salvador ha sido elevado al cielo y está sentado a la diestra de Dios.

Las enseñanzas de Jesús a la samaritana

Detengámonos primero en la maravillosa conversación del Señor Jesús con la samaritana, cerca del pozo de Sicar (Juan 4). Él habla primero a su corazón, y luego a su conciencia. Sintiendo la reprensión de sus palabras, ella intenta evitar su filo y lleva la conversación al tema de la adoración (v. 20). El Señor entonces le revela el gran cambio que estaba ocurriendo en ese momento. La mujer menciona el

monte Gerizim, donde los samaritanos tenían su propio templo y celebraban un culto con los ritos del judaísmo. Ella menciona que los judíos dicen "que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar". El Señor le responde: "Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es, cuando **los verdaderos adoradores** adorarán al Padre **en espíritu y en verdad**; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren" (v. 21-24).

Primero, el Señor descarta por completo el culto de los samaritanos, considerándolo como algo falso y malo: "Vosotros adoráis lo que no sabéis". Luego, afirma que el judaísmo es algo verdadero y de origen divino: "Nosotros adoramos lo que sabemos" y "la salvación viene de los judíos". Finalmente, declara que ha llegado la hora de dejar ambos de lado, y que algo mejor debe ser establecido. En el cristianismo, ya no se trata de lugares santos donde Dios deba ser adorado. Reconocer ahora un lugar santo en la tierra, en el cual deba rendirse culto, priva a las almas del gozo de los privilegios típicamente cristianos. Lamentablemente, esto a menudo se ignora hoy.

Luego, los verdaderos adoradores adoran "al Padre". Esto implica cercanía con Dios y afecto por él. Gracias a la obra de Cristo, ahora nos encontramos ante Dios en la relación de hijos. Y podemos elevar nuestros corazones hacia él para adorarlo, disfrutando de esta relación y en completa libertad. ¡Qué contraste con el enfoque temeroso y ansioso que muchos cristianos sienten hoy! Gimiendo porque el peso de sus pecados los oprime, suplican a Dios para que no les impute sus faltas y para que no mantenga su ira contra ellos.

La verdadera adoración excluye necesariamente a aquellos que no son realmente hijos de Dios. Estos no pueden de ninguna manera adorar a Dios, ni unirse a aquellos que lo adoran. El Evangelio de la gracia está a su disposición. Y hasta que lo reciban con fe, no pueden participar en la adoración del Padre.

"El Padre... adoradores busca" —es un pensamiento muy precioso. Pero busca adoradores que le adoren "en espíritu y en verdad". Para que esto sea así, el hombre interior debe ser guiado por el Espíritu Santo. La verdad revelada debe ser conocida por quienes adoran y debe guiarlos. Esto está en absoluto contraste con las formas religiosas. Estas no necesitan la verdad de Dios ni su Espíritu, y no aportan nada a la adoración.

No dice simplemente que el Padre **desea** una adoración "en espíritu" y no una adoración ritual, sino que el Señor pronuncia aquí un solemne

"**es necesario**": "Los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren". Dios se ha revelado plenamente en toda su naturaleza, en todo lo que él es. Y lo que él pide a los suyos, lo que tiene derecho a recibir, nos lo dice ahora. Aquellos que se acercan a él según ritos religiosos, actitudes de gestos o de palabras, lo tratan de una manera indigna de él. El cristiano que ha llegado a conocer a Dios, el que ha nacido de él, entiende que la adoración en espíritu y en verdad es la única que le conviene. ¡Que sea nuestro gozo ofrecerle esa adoración, siendo guiados por su Espíritu y su Palabra!

Las enseñanzas de la epístola a los Hebreos

Esta epístola presenta a los creyentes como estando en el desierto y en camino hacia el reposo de Dios. Tenemos muchas debilidades, pero Cristo nos ayuda con su servicio de sumo sacerdote (2:17-18; 4:14-15; 7:25). En cuanto a la adoración tenemos "libertad" (en la versión J.N.D. francesa dice: "plena libertad", 10:19) para entrar por la fe en la presencia de Dios, gracias a la obra que Cristo ha realizado. Este es otro aspecto de la verdad.

Veamos ahora un pasaje esencial de esta epístola: "Así que, hermanos, **teniendo libertad para entrar** en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, **purificados** los corazones **de mala conciencia**, y lavados los cuerpos con agua pura" (10:19-22).

Tenemos plena libertad para entrar en la presencia de Dios. Esto es un gran contraste con lo que sucedía anteriormente con los israelitas bajo la ley. Los adoradores podían acercarse, pero nunca podían entrar en la presencia de Dios. El velo les impedía el paso. Ahora, no hay ningún obstáculo. Los derechos de Dios fueron completamente satisfechos en la cruz. El velo ha sido rasgado (Mateo 27:51). El camino al Lugar Santísimo está completamente abierto para nosotros.

Además, nuestros corazones son purificados de mala conciencia. Podemos estar tranquilos ante Dios. Tenemos la certeza de que la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre (10:10) ha borrado todos nuestros pecados. "Con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados" (v. 14). El lugar que Jesús ocupa ahora, a la diestra de Dios, es la prueba de que el asunto de los pecados ha sido resuelto definitivamente. Si no tenemos esta seguridad, no podemos adorar a Dios. Una persona que no está segura de su posición ante Dios y que está indecisa acerca de su salvación no está en condiciones de adorar a Dios.

Cristo sufrió por nosotros y su obra está cumplida. El camino hasta Dios está abierto para nosotros. Cada creyente puede acercarse a él "en plena certidumbre de fe". Esta plena certidumbre que nos da la fe glorifica a Dios. Desafortunadamente, hay creyentes que están constantemente en duda y temor, privándose de la gran bendición del cristianismo. Si nuestra salvación, nuestra aceptación por parte de Dios, dependiera de nosotros mismos, podríamos estar temblando. Pero como todos nuestros privilegios cristianos están basados en la obra del Señor Jesús, lo deshonramos si mantenemos dudas o inquietudes sobre nuestra salvación eterna.

Es muy cierto que nuestra condición presente es imperfecta. Ser "perfectos" en el sentido del versículo 14 citado anteriormente —o ser hecho "perfecto, en cuanto a la conciencia", según la expresión del versículo 9 del capítulo anterior— no significa ser perfecto en todos los sentidos de la palabra. Mientras estemos en nuestros cuerpos actuales, estamos marcados por la debilidad y siempre estaremos por debajo de lo que Dios quiere para nosotros y de lo que nosotros mismos deseamos. No hablo de nuestros pecados evidentes, sino de nuestras flaquezas. Y en este sentido, el sacerdocio de Cristo viene en nuestro socorro (4:14-16). Tenemos "un gran sacerdote sobre la casa de Dios" (10:21). Y nosotros mismos, "como piedras vivas", somos "edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo" (1 Pedro 2:5). Él los presenta a Dios por nosotros, acompañados de la excelencia y el perfume de su persona y de su obra. Y así son aceptables a Dios. ¡Qué aliento! Dependemos completamente del Señor Jesús, ya sea para las necesidades de nuestro camino sobre la tierra o para nuestro servicio de adoradores.

Al final del versículo 22 de Hebreos 10, hay una alusión a la consagración de Aarón y sus hijos en sus funciones sacerdotales. La expresión "purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura" nos recuerda la aspersión de la sangre del sacrificio sobre los sacerdotes y el lavamiento con agua realizados a la puerta del tabernáculo de reunión, al comienzo de su servicio sacerdotal (Levítico 8:4-24). Esta aspersión y lavamiento son figuras de lo que ocurrió al comienzo de nuestra vida como creyentes: el nuevo nacimiento. Así, somos puros a los ojos de Dios, y ningún pecado puede sernos imputado.

¡Que Dios fortalezca cada vez más nuestras almas en la verdad y nos enseñe a adorarle dejándonos guiar por su Espíritu!

W.W. Fereday

Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.

1 Juan 1:9

La mies a la verdad es mucha, mas los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies.

Lucas 10:2

Que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos.

Judas 1:3

Haced esto en memoria de mí.

Lucas 22:19

Con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.

Hebreos 10:14

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los **20 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2022-23. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 10 $ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago:

- PayPal: Usar el siguiente enlace: PayPal.Me/paralarevistacreced.
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de $ EE. UU. o de Euro en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: www.creced.ch **E-mail**: revista@creced.ch

© Copyright www.creced.ch